

SU MAJESTAD EL MEJILLÓN

José Agustín Goytisoló

Si no lo veo, no lo creo. En el último de los viajes que me llevan a dar conferencias o lecturas por ahí, un amigo, al saber que me quedaba casi todo el día libre, me invitó a ir a Vilagar-
cía de Arosa, que hace como cuarenta años no veía. La villa esta-
ba algo cambiada, pero lo que más me sorprendió fue la enorme
cantidad de bateas o plataformas mejilloneras que contemplé en
la ría. "Tengo un amigo técnico en eso de las piscifactorías que
nos llevará a una de esas bateas, y te explicará todo el asunto".

El técnico nos llevó en una barquita hasta una batea. ¡Qué
barbaridad! Esa estructura flotante sostiene una gran cantidad
de travesaños paralelos, y de cada travesaño cuelgan unas cuatro-
cientas cuerdas, cada una de las cuales llevan adheridos varios
kilos de mejillones, que allí se fijan, crecen y engordan, sin
necesidad de que se les suministren alimento alguno, pues viven
del fitoplancton marino. A los doce meses, se recojen las cuer-
das: cada una de ellas "produce" unos ciento veinte kilos de me-
jillones. Cuando iba a calcular la producción por batea y la
producción general, el técnico se me adelantó: sólo Galicia pro-
duce más de cien mil toneladas de mejillones al año, que en pese-
tas suponen más de ocho mil millones. De regreso, vino y mejillones.